

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No
518

ROBERT AMES
SILVIA FIELD

WILLIAM H. WYLLIE
LA VOZ DE LA CIUDAD



MACK, Willard ; MELFORD,
George

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

/ Pasaje de la Paz, 10 bis

/ TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 518

The Voice of the City, 1929

La voz de la ciudad

Sentimental asunto, interpretado por

Robert Ames, *Silvia Fields*, *Willard Mack*, etc.



Producción

METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
KAY FRANCIS

La voz de la ciudad

Argumento de la película

1

Protegidos por las sombras de la noche, cargaban el camión los contrabandistas de alcohol.

Esta operación pudo realizarse sin dificultad y el camión se puso en marcha, seguido de los contrabandistas, que ocupaban varios automóviles.

Pero al salir del puerto y cuando ya tenían el triunfo por seguro, una voz dió el alto desde detrás de un montón de mercancías.

Los contrabandistas, en vez de detenerse, dispararon sus revólveres, y la policía replicó del

mismo modo, entablándose un vivo tiroteo del que fué víctima el detective Chuk Reagan.

El camión y los autos de los contrabandistas lograron huir. Fué un fracaso para la policía, que, además de no lograr detener a la banda, tuvo una baja muy sensible, pues Reagan era uno de los mejores elementos del cuerpo de detectives del Estado.

* * *

Al día siguiente, Bebé esperó en vano a Bobby Doyle, su prometido, y temiendo le hubiera ocurrido alguna desgracia, se dirigió al café de Wilkins, donde diariamente se reunía Bobby con sus amigos.

A Bebé no le gustaba que Bobby asistiera a aquel establecimiento con pretensiones de restaurante y, mucho menos, tener que visitarlo ella, pues su aspecto y el de las gentes que allí asistían no era muy decente ni tranquilizador, pero quería tanto a Bobby que por él no hubiera dudado en afrontar los mayores peligros.

Bebé no tenía en el mundo más familia que una hermana aproximadamente de su misma edad

y con ella vivía en un humilde pisito de barriada y con ella luchaba difícilmente por la vida.

Al entrar en el salón, encontró al dueño del



...no tenía en el mundo más familia que una hermana...

establecimiento, amigo de Bobby y también conocido de ella, pues su novio les había presentado.

Wilkins fué en seguida hacia ella y la saludó con una afabilidad que contrastaba violentamente con las características de su rostro, cuyos ojos pequeños miraban siempre con cínica fijeza y cuya sonrisa no pasaba nunca de ser una mueca de sarcasmo.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo en busca de Bobby.

—No ha venido aún, pero no puede tardar. Espéralo en mi despacho. Hay demasiada gente en la sala y acaso su compañía no te será muy agradable.

Bebé aceptó agradecida y fué conducida por Wilkins a un elegante despacho. Le ofreció una butaca y se sentó en otra delante de ella. Con gesto que pretendía ser puramente amistoso, cogió las manos de Bebé y le dijo mirándola a los ojos fijamente:

—Bebé, quiero que tú y yo seamos buenos amigos. Me has sido tan simpática que quisiera tener ocasión de ayudarte de algún modo. Sé que eres pobre y que no tienes a nadie que te proteja. Me apena que una muchacha como tú tenga que sufrir privaciones y calamidades.

Se esforzaba en hacer dulce su voz y la expresión de su rostro, pero Bebé vió en aquellos

ojillos penetrantes algo que le produjo cierta inquietud.

—Voy a ver si ha llegado Bobby, señor Wilkins—dijo levantándose.

Wilkins trató de retenerla, pero en aquel momento la puerta se abrió y apareció un hombre mal encarado que dijo al dueño del café:

—He de hablar con usted urgentemente.

Bebé aprovechó la circunstancia para escapar, y el hombre mal encarado, después de cerrar la puerta, añadió:

—Mike está herido, jefe, y pide un médico.

—¿Le hirieron anoche?

—Sí.

—Entonces habrá que pensar que la herida le ha vuelto loco. Llamar a un médico equivaldría a denunciarnos nosotros mismos.

—Es que la herida es grave.

—Dile a Mike que yo iré a hablar con él.

—También me ha encargado que le entregue el revólver con que mató a Reagan. Dice que usted tiene más medios que él para ocultarlo.

Wilkins cogió el revólver y se lo echó al bolsillo, al mismo tiempo que murmuraba:

—El amigo Mike sólo tiene ganas de jeringar.

* * *

Al salir Bebé del despacho se encontró con Johny, el fraternal amigo de su novio, que entraba en aquel momento.

Corrió a preguntarle:

—¿Has visto a Bobby?

—No. Precisamente vengo en su busca.

Se sentaron a una de las pocas mesas que quedaban vacías.

Bebé, miró a Johny con extrañeza, pues sus facciones se movían a impulsos de *tics* nerviosos que nunca había advertido en él la joven.

—¿Qué te pasa, Johny?—le preguntó—. ¿Por qué mueves así los ojos y la boca?

—Estoy muy nervioso, Bebé. Anoche hubo tiros y aun me parece estar oyéndolos.

—¡Tiros!... ¡Entonces le ha ocurrido algo a Bobby!

—Puedes estar tranquila. No le ha ocurrido nada.

En efecto, Bobby apareció en aquel momento en la puerta del salón y corrió hacia Bebé al verla.

Ella le tendió las manos con un gesto de alegría y de emoción.

—¡Qué susto me he llevado, Bobby! Creí que estabas herido.

El le rodeó los hombros con un brazo. Fué un gesto lleno de ternura.

—¿Por qué has venido aquí, Bebé?

—¡Ojalá no hubiera tenido que venir, Bobby! Pero ¡estaba tan intranquila!...

La escena fué presenciada por Wilkins desde la puerta del despacho y la expresión que entonces adquirió su rostro demostró bien claramente qué clase de sentimientos le atraían hacia Bebé. Los celos habían ensombrecido su semblante al ver que el brazo de Bobby rodeaba aquellos delicados hombros que él había de contentarse con mirar.

Fué a sentarse al lado del envidiado novio y comenzó a charlar con él en un tono amistoso que estaba muy lejos de sentir pero que era necesario emplear para inspirar confianza a Bebé.

De pronto John le hizo una seña y Wilkins se volvió.

En la puerta de la sala estaba Biff, el detective, acompañado de dos agentes.

Tuvo una inspiración repentina y deslizó en

el bolsillo de Bobby el revólver que Mike acababa de enviarle.

Los agentes y Biff se dirigieron derechamente hacia aquella mesa y cachearon a sus ocupantes.

Bobby quedó estupefacto al ver que de su bolsillo sacaban un revólver de extraña forma, que no había visto jamás.

Y su asombro aumentó al oír que el detective le decía:

—A este revólver pertenece la bala que se ha encontrado en el cuerpo de Reagan. Nada puede salvarte, muchacho.

Le esposaron inmediatamente. Bebé le echó los brazos al cuello.

—¿Qué has hecho, Bobby?—exclamó entre sollozos.

Y Bobby, reaccionando instantáneamente, contestó con un tono lleno de sinceridad:

—Te juro, Bebé, que yo no he matado a nadie. Ni siquiera estuve anoche allí. ¡Te lo juro por nuestro amor!

Hecha esta declaración se dejó conducir por los agentes, tranquilo y resignado.

8

Ella le tendió las manos con un gesto de alegría y de emoción.

—¡Qué susto me he llevado, Bobby! Creí que estabas herido.

El le rodeó los hombros con un brazo. Fué un gesto lleno de ternura.

—¿Por qué has venido aquí, Bebé?

—¡Ojalá no hubiera tenido que venir, Bobby! Pero ¡estaba tan intranquila!...

La escena fué presenciada por Wilkins desde la puerta del despacho y la expresión que entonces adquirió su rostro demostró bien claramente qué clase de sentimientos le atraían hacia Bebé. Los celos habían ensombrecido su semblante al ver que el brazo de Bobby rodeaba aquellos delicados hombros que él había de contentarse con mirar.

Fué a sentarse al lado del envidiado novio y comenzó a charlar con él en un tono amistoso que estaba muy lejos de sentir pero que era necesario emplear para inspirar confianza a Bebé.

De pronto John le hizo una seña y Wilkins se volvió.

En la puerta de la sala estaba Biff, el detective, acompañado de dos agentes.

Tuvo una inspiración repentina y deslizó en

9

el bolsillo de Bobby el revólver que Mike acababa de enviarle.

Los agentes y Biff se dirigieron derechamente hacia aquella mesa y cachearon a sus ocupantes.

Bobby quedó estupefacto al ver que de su bolsillo sacaban un revólver de extraña forma, que no había visto jamás.

Y su asombro aumentó al oír que el detective le decía:

—A este revólver pertenece la bala que se ha encontrado en el cuerpo de Reagan. Nada puede salvarte, muchacho.

Le esposaron inmediatamente. Bebé le echó los brazos al cuello.

—¿Qué has hecho, Bobby?—exclamó entre sollozos.

Y Bobby, reaccionando instantáneamente, contestó con un tono lleno de sinceridad:

—Te juro, Bebé, que yo no he matado a nadie. Ni siquiera estuve anoche allí. ¡Te lo juro por nuestro amor!

Hecha esta declaración se dejó conducir por los agentes, tranquilo y resignado.

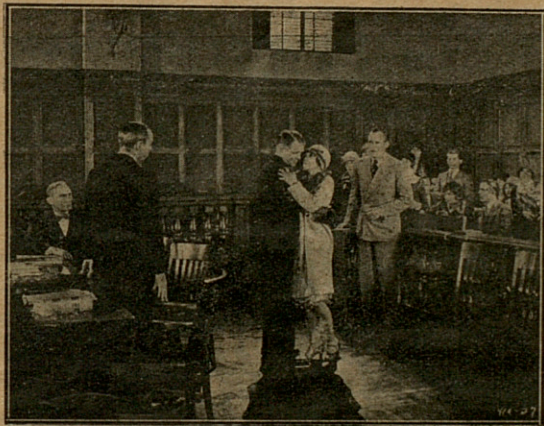
II

El tribunal condenó a Bobby a veinte años de presidio. De nada le valieron sus protestas de inocencia, hechas en un tono de sinceridad tan caluroso y vehemente, que Bebé, espectadora en la vista de la causa, quedó plenamente convencida de la inculpabilidad de su novio.

Pero la justicia no se guía por el tono de las declaraciones sino por pruebas positivas, y Bobby no pudo presentar ninguna en su favor, ya que no tenía medio de demostrar que la noche del suceso había estado paseando por las calles de la urbe. En cambio, el revólver que había causado la muerte a Reagan estaba en su bolsillo, cosa que tuvo que reconocer ante los magistrados, sin que le sirviera de nada jurar que aquel revólver no era suyo ni había estado en su bolsillo hasta el momento de ser cacheado por los agentes. Nadie lo creyó. Sólo Bebé, que presenciaba la vista acompañada de Wilkins, estaba segura de que Bobby no mentía, y así se lo demostró, arro-

jándose en sus brazos cuando el Tribunal pronunció la sentencia.

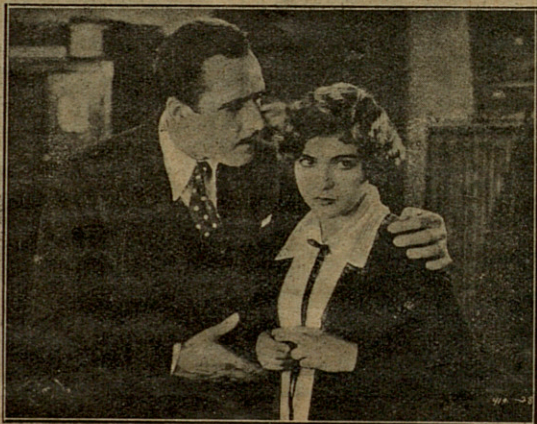
Los planes de Wilkins se iban realizando a medida de sus deseos. Alejada Bebé de su pro-



...y así se lo demostró arrojándose en sus brazos...

metido, desamparada en la lucha por la vida, sumamente penosa para una muchacha decente, le sería fácil introducirse en la vivienda de las dos hermanas y conquistarse la confianza y la simpatía de Bebé.

En efecto, desde entonces raro era el día que no iba a visitar a la joven, y siempre encontraba la ocasión de entregarle algunos billetes, "cosa que hacía más que por ella por Bobby que era su mejor amigo".



Bebé, ingenuamente, creía en las buenas intenciones de Wilkins.

Bebé, ingenuamente, creía en las buenas intenciones de Wilkins y se iba dejando enredar en las mallas de sus favores, para satisfacción del cínico ricachón que ya veía muy cerca el logro de sus pretensiones.

Menos mal que Bobby tenía un amigo verdadero, Johny, y éste se sacrificó realmente por él, malogrando de rechazo los planes de Wilkins.

Todo estaba bien preparado, Johny se había conducido con tanta discreción, que ni siquiera Bebé estaba enterada de lo que iba a suceder.

El automóvil que Johny conducía se acercó lentamente y sin ruido a los muros de la cárcel, donde por ser negro y tener apagadas todas las luces, se confundía con las sombras de la noche.

Hizo la señal convenida e inmediatamente Bobby se puso en movimiento. Ayudado por otro presidiario que estaba oculto en su celda, quitaron los barrotes de la verja, que ya estaban limados, y saltaron a la carretera sin vacilar.

Dispararon los centinelas. Estaba previsto. Sabían que podían obtener la libertad pero también la muerte. El compañero cayó muerto. Bobby tuvo más suerte y llegó sano y salvo al automóvil que se hundió velozmente en la sombra del campo.

* * *

Se dió la noticia a la jefatura y la policía se puso inmediatamente en movimiento.

El astuto Biff se trasladó en seguida al domicilio de Bebé y montó frente a él una guardia que sería relevada oportunamente de modo que no se dejara un solo momento de vigilar aquella puerta. "Lo más probable—pensaba—es que la primera visita del fugitivo sea para su novia."

Cuando Johnny se dirigió, después de la hazaña, al domicilio de Bebé, experimentó la natural inquietud al ver que Biff había puesto sitio a la casa.

Al verle entrar azorado y descompuesto, Bebé le preguntó:

—¿Qué pasa, Johnny? ¿Otro tiroteo?

—No, Bebé. Prepárate a recibir una noticia sensacional referente a Bobby.

—¿A Bobby? ¿Qué le ha sucedido? ¡Habla pronto, Johnny! ¿Está enfermo?

—Al contrario, Bebé. Está mejor que nunca. Está...—y bajó la voz—en la calle.

Bebé estuvo a punto de desmayarse.

—¡Explícame, Johnny!—imploró cuando consiguió recobrarse—. Me muero de ansia.

Johnny se lo contó todo. Desde que entró Bobby en la cárcel no había cesado de comunicarse con él para preparar su fuga. Por fin, los planes habían podido llevarse a feliz término.

—¡Oh! ¿Dónde está?

—Le he proporcionado un disfraz de obrero del alcantarillado y lo he dejado a la entrada de la ciudad. Hemos quedado en reunirnos aquí.

Bebé temblaba de emoción.

—¿Qué bueno eres, Johnny! ¡Me parece mentira que vaya a ver a Bobby!

Y en un arrebato de gratitud, echó los brazos al cuello del amigo y le dió un beso.

—El caso es, Bebé, que ahora estoy arrepentido de haberlo citado aquí. La policía vigila la casa.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada, Bebé. Esperar y confiar en la suerte. Entretanto, hemos de preparar un disfraz para que Bobby, si logra entrar aquí, pueda salir sin infundir sospechas.

—Eso es fácil. Voy a ver en seguida a Marta, la vecina del quinto, y tendremos el disfraz. Lo difícil es que Bobby pueda entrar sin ser visto.

III

Pero Bobby era un hombre previsor.

Al llegar a la esquina de la calle y ver que la policía rondaba la casa de su novia, rompió el cristal de un poste del servicio de bomberos e hizo sonar el timbre de alarma.

Un minuto después, los autos de dicho servicio pasaban por aquella esquina haciendo sonar sus campanas y todos los policías se sumaron al público que corría detrás de los automóviles por si los bomberos necesitaban de su ayuda.

La calle quedó desierta y Bobby pudo entrar tranquilamente en casa de Bebé.

Se produjo la consiguiente escena de ternura. Los prometidos fundieron sus cuerpos en un largo y apretado abrazo. Bebé lloraba de felicidad.

Llamaron de súbito a la puerta y todos se quedaron sobrecogidos.

Johny dijo por señas a su amigo que se ocultara y Bebé levantó la tapa de un arcón tapi-

zado que servía de sofá y ofreció a su novio el escondrijo.

Una vez oculto Bobby abrieron la puerta y Bebé se echó a reír al ver a la causante del sobresalto.

Era una joven de sonrisa seráfica y ojos de niño asustado que llevaba en la mano un envoltorio.

Bebé la hizo entrar inmediatamente y levantó la tapa del arcón para que Bobby saliera.

—Es mi amiga Marta—explicó—. Lo sabe todo. Tengo tanta confianza en ella como en mí misma... ¿Has traído el disfraz, querida?

—Sí—repuso Marta empezando a deshacer el envoltorio.

Pero, de pronto, sonaron en la escalera las firmes pisadas de unos pies masculinos y Johny empujó a su amigo al escondite.

La hermana de Bebé cogió una capa de labores y se puso a coser. Marta se sentó en el sofá y comenzó a hablar por los codos. Johny y Bebé comenzaron a jugar a las cartas.

Se abrió la puerta y apareció Biff, el cual avanzó pausadamente hasta la mesa donde Bebé y Johny y jugaban.

—¡Hola, señor Biff!—exclamó Bebé fingien-

do asustarse—. ¿Por dónde ha entrado usted, que no lo he visto?

—Me parece, jovencita, que lo que tú no ves es lo que no te conviene... ¿Qué me dices de Bobby?

—¿De Bobby?—preguntó Bebé simulando extrañeza—. No sé a qué viene esa pregunta, señor Biff. Tan bien como yo sabe usted que el pobre Bobby está purgando en la cárcel un crimen que no ha cometido.

—Lo que tan bien como yo sabes tú y todos los que están contigo es que Bobby se ha escapado de la cárcel.

Y, sin hacer caso de la exclamación que lanzó Bebé, se dirigió a Marta y le preguntó mirándola fijamente:

—¿Qué hace usted aquí?

Marta dió un salto. Su cara de niña boba adquirió una expresión indefinible.

—Pues he venido—contestó—porque mi madre está arriba esperándome para marcharme a casa. Y me he dicho: voy a saludar a Bebé ya que estoy aquí y le preguntaré cómo se hace la salsa de perejil. Mi madre la sabía hacer ¿sabe usted? pero se le ha olvidado.

Biff se echó a reír ante tanta simpleza y se marchó después de decir a Johny:

—Tu amigo volverá a la cárcel. Puedes estar segura.

Siguió la comedia hasta que los pasos de Biff se perdieron en los últimos escalones, y entonces Johny destapó el arcón, al mismo tiempo que Bebé preguntaba a Marta:

—¿Qué lío te has armado con tu pobre madre que está en el cielo desde hace seis años?

—Ningún lío. Mi madre será Bobby y saldrá de esta casa cogido de mi brazo. El disfraz es un traje de vieja.

Bebé la abrazó enternecida, al mismo tiempo que extrañada de que a su simple amiga se le hubiera ocurrido una idea tan genial.

—¿Pero adónde voy yo a estas horas y vestido de vieja?—preguntó Bobby.

—Adonde yo te lleve—contestó su amigo—. Te he preparado un refugio donde no te encontraría ni el mismo Sherlock Holmes.

—¡Oh, bravo!—exclamó Bebé—. Así podremos esperar tranquilamente la ocasión de pasar la frontera. ¡Qué contento se va a poner el señor Wilkins cuando sepa que estás en libertad!

—Tú te guardarás muy bien de decir nada a Wilkins—replicó Johny inmediatamente.

—¿Por qué?—preguntó Bobby extrañada.

—No es por nada—mintió Johny, que conocía

muy bien los propósitos de Wilkins—. Es que esto no debe saberlo nadie más que los que estamos aquí. Wilkins se lo puede contar a otro amigo de confianza y éste a otro y así sucesivamente hasta que llega la noticia adonde no debe llegar...

—Tiene razón Johny, Bebé. Lo mejor es que no digas nada a nadie.

Momentos después, Marta y su madre salían de la casa, sin que Biff hiciera otra cosa que echarse a reír al recordar la cara de tonta que tenía la vecina de Bebé. Se reunieron con Johny en un barrio del otro extremo de la ciudad y de allí marcharon los dos amigos al escondite que Johny tenía preparado.

Estaba éste en un sótano en el que se entraba por el comedor de la humilde casita que habitaba el amigo de Bobby. Levantando un entrepaño del zócalo se veía una escalerilla por la que se bajaba, llegando así a la mazmorra.

—Ahora—dijo Johny cuando su amigo estuvo instalado—ya puede buscarte Biff.

IV

Wilkins, que tenía bien organizada su banda, supo inmediatamente que Bobby se había fugado de la cárcel y aquella misma noche fué a visitar



...ya puede buscarte Biff.

a Bebé con el propósito de averiguar el paradero de su novio.

Esta, recordando lo que había convenido con Bobby y Johny fingió ignorar incluso que el preso se había escapado, pero Wilkins la estrechó con tales argumentos que la joven estuvo a punto de romper la consigna.

—El pobre Bobby sólo puede estar seguro en mis manos—había dicho el dueño del café—. Yo tengo medios para ocultarlo y para hacerlo salir de la nación sin que nadie se entere. El dinero lo puede todo, Bebé. Con unos miles de dólares lograríamos que el propio Biff ayudara a Bobby a ponerse fuera del alcance de la policía.

—Fues sí, Bobby está...

Pero en este preciso instante se abrió la puerta y apareció Johny.

—¡Silencio!—gritó—. Acuérdate, Bebé, de que has prometido a Bobby no decir acerca de eso una palabra.

Bebé se detuvo y Wilkins dirigió a Johny una mirada llena de odio, seguida de un golpe en el mentón que hizo caer al joven en el sofá.

Comprendió que se había mostrado imprudente en presencia de aquella muchacha que había de considerarle un hombre bueno y se excusó:

—Perdóname, pequeña, pero es que me indigna que después de lo que uno está haciendo,

venga un botarate a ofenderme con su desconfianza.

Pero, como ni aun así lograra borrar el gesto de desagrado que se leía en el semblante de Bebé, decidió marcharse y se fué directamente al departamento de detectives para hablar con Biff.

Recibido por éste, que sabía del dueño del café más de lo que él creía, obtuvo la siguiente confidencia:

—Si quiere usted saber dónde esté Bobby, no tiene más que seguir a Johny.

—Gracias, traidor—dijo Biff cuando ya Wilkins había salido del despacho y no podía oírle.

Pero, como buen detective, no tuvo piedad para el traicionado y se dirigió a las cercanías del domicilio de Bebé, donde permaneció hasta que vio salir a Johny y pudo seguirle.

Pero Johny, que se había dado cuenta del espionaje, despistó al detective entrando en una iglesia y saliendo por una puertecilla que daba a un callejón y enfrente de la cual estaba su casa.

Entró en ella y descendió al refugio subterráneo, donde Bobby distraía su ocio leyendo un libro.

Como siempre, hablaron de Bebé y de los trabajos que realizaba la policía para encontrarle y, también como de costumbre, Bobby escribió

unas líneas para que Johny se las entregara a su novia.

Se disponía a dirigirse a casa de Bebé, cuando quedó muy sorprendido al ver que ésta entraba en el comedor.

—Has cometido una imprudencia, Bebé—le reprochó.

—Perdóname, Johny, pero es que ya no podía estar un día más sin verle.

—Todo sea por Dios.

Y el mismo Johny pulsó el resorte que dejaba la escalerilla a la vista.

—Al final de esa escalera—dijo a Bebé—hay otra puertecilla como ésta. El resorte está en el ángulo superior derecho. Yo esperaré en la puerta de la calle, vigilando, para despistar a Biff si es preciso.

No hay palabras para describir la alegría que Bobby experimentó al ver entrar a su amada prometida. Y mientras ellos se entregaban a la felicidad inmensa de verse juntos después de una larga separación, Johny permanecía a la puerta de la casa mirando a un extremo y a otro de la calle.

No contaba con que Biff, cansado de esperar a la puerta de la iglesia la salida de Johny, había visto pasar a Bebé y la siguió.

Al comprobar que frente a la casa donde la muchacha había entrado tenía la iglesia una puertecilla muy discreta, se ocultó allí y pronto advirtió que Johny salía y se situaba junto a la puerta.

Seguro ya de que Johny sabía el paradero del fugitivo, salió de su escondite y lo detuvo.

Ya en la jefatura, dijo al jefe:

—Este pájaro sabe dónde está Doyle y no lo hemos de dejar salir de aquí sin que cante.

Entonces se dió cuenta Johny de que llevaba encima la carta que Bobby le había entregado para Bebé, pues se olvidó de dársela a la joven cuando ésta había ido a visitar a su novio, y comprendiendo que si le registraban, como era de esperar, estaba perdido, aprovechó la primera ocasión para llevarse el papel a la boca.

Pero Biff, que estaba en todo, advirtió el sospechoso movimiento y logró extraer la carta de entre los dientes de Johny antes de que se la tragase.

Leída la misiva, Biff exclamó:

—Ya sabemos que el pájaro está en casa de este otro pájaro, pero como lo habrá ocultado bien, vamos a ver si Johny nos dice dónde está el escondrijo.

Johny, naturalmente, se encerró en un silencio obstinado, pero Biff dijo sonriendo:

—Tenemos un sistema infalible para que el joven se muestre comunicativo. El pobre, desde el último tiroteo con la policía, tiene los nervios en un estado lamentable y la oscuridad le produce un pánico loco. Apagad las luces y veréis.

En efecto, apenas se apagaron las luces, Johny se echó a temblar y su rostro adquirió una expresión de locura.

—Todavía parece que haya demasiada luz— dijo Biff—. Cerrad las puertas.

Pero antes de que pudieran hacerlo, Johny gritó angustiosamente:

—¡No! Lo diré todo, pero enciendan la luz... Bobby está en mi casa... En el comedor, a la derecha, hay un entrepaño que se levanta mediante un resorte. Después hay una escalerilla, otra puerta igual y el escondrijo de Bobby.

—Perfectamente—exclamó Biff en tono triunfal—. Ahora puedes irte a tomar el fresco, a ver si se te pasa el susto.

Se dirigieron inmediatamente a casa de Johny. Ya había salido Bebé y Bobby había reanudado la lectura, cuando oyó en la escalera pasos sospechosos. Inmediatamente gritó la voz de Biff:

—¡Sal de ahí en seguida, Doyle! Evítanos el trabajo de entrar por ti.

Pero Bobby tuvo una idea luminosa. Del techo pendía una cuerda sobre un montón de trastos viejos. La luz era sumamente débil y se pres-



—¡No! Lo diré todo...

taba a equívocos. Remontó el montículo de objetos inútiles y se ató al cuello el extremo de la cuerda. Se inclinó hasta que la cuerda quedó tirante y sacó la lengua cuanto pudo. A su lado quedaba la estrecha ventana que daba a la calle.

y por la cual se filtraba débilmente la luz. Entonces comprendió que habría sido más sencillo huir por ella, pero ya no tuvo tiempo ni siquiera de moverse. La puertecilla secreta acababa de abrirse y entró Biff con un revólver.

Se sobresaltó al ver el aspecto que ofrecía "el ahorcado" al mortecino resplandor del alumbrado público que se deslizaba por el ventanillo, y volvió escaleras arriba.

—No hay nada que hacer, inspector—dijo al jefe—. Doyle se ha ahorcado. Entre usted y lo verá.

Pero el jefe no pudo ver nada, pues cuando llegaron al cuarto subterráneo Bobby había tomado ya las de Villadiego.

Biff se puso furioso.

—Hemos de ir en seguida a casa de la novia. Allí es seguro que lo cogeremos o daremos con alguna nueva pista. ¡Pronto! ¡Si no cojo a ese tunante, presento la dimisión!

Pero, entretanto, en casa de Bebé habían ocurrido cosas interesantes. Enterado Wilkins de todo por uno de sus espías, había ido a dar la noticia a Bebé y a decirle de paso que el culpable de todo era Johnny, pues por él había sabido la policía dónde se ocultaba Bobby, lo que quería decir que le había vendido miserablemente.

—Vamos en seguida a la jefatura—exclamó Bebé—. Lo habrán cogido. Quiero verle por última vez.

También creía Wilkins que había caído Bobby en poder de la policía, pues ignoraba la última parte del incidente, y accedió a acompañar a Bebé a la jefatura.

Poco después entró Johnny en la casa. Iba a confesar a Bebé su traición y explicarle cómo había sucedido todo, para descargo de su conciencia.

Quedó extrañado al ver la casa vacía. De pronto oyó pasos en la escalera y se asomó. Era Biff. Volvió al comedor rápidamente y se ocultó en el arcón donde otra vez estuviera Bobby escondido.

Entró Biff seguido de algunos agentes.

—¡Magnífico! ¡No hay nadie!—le oyó Johnny exclamar—. Yo me ocultaré en este armario y ustedes esperen en la calle. Si no oyen el pito no suban.

Pasados algunos minutos regresaron Wilkins y Bebé y en seguida entró Bobby.

Bebé se arrojó a los brazos de su prometido y Wilkins le tendió la mano.

Pero Bobby, en vez de estrechársela, exclamó:

—Basta de hipocresías, Wilkins. Johnny me lo

ha contado todo y conozco sus intenciones respecto a Bebé. Estoy seguro de que es usted el que ha enviado a la policía a casa de Johnny.

Antes de que Wilkins pudiera contestar, se presentó un desconocido que dijo, entregándole un papel.

—Es muy urgente, jefe.

Wilkins le dirigió una mirada de odio al oírse llamar "jefe" por aquel individuo de facha patibularia y le despidió con malos modos.

Después leyó el papel, que decía simplemente:

"Antes de morir he confesado al cura que fui yo el que mató a Reagan.

Mike."

Wilkins estrujó el papel furiosamente.

—¿Alguna mala noticia, jefe?—preguntó Bobby con sorna—. Será conveniente que lo aclare la policía por si por ahí se puede obtener la demostración de mi inocencia. Bebé, ve en busca de Biff.

Pero antes de que Bebé pudiera dar un paso, Wilkins sacó un revólver y les apuntó a los dos.

—¡De aquí no se mueve nadie!

Y en este momento sonó un disparo y Wilkins cayó herido.

¿Quién había disparado? Nadie vió que la tapa del arcón se levantaba. Sólo Biff, que seguía atentamente la escena mirando por una rendija del armario, había visto asomar la mano de Johnny por debajo de la tapa.

Bobby y Bebé se miraron estupefactos y su asombro aumentó al ver salir a Biff de su escondrijo.

Lo primero que hizo el detective fué enterarse de lo que decía el papel que Wilkins conservaba aún en la mano. Después hizo sonar el pito y entraron los agentes. Al ver a Bobby se abalanzaron sobre él, pero Biff les detuvo.

—No. Es a éste al que os tenéis que llevar—dijo señalando al herido—. Dejad a Bobby de mi cuenta.

Y, cuando se hubieron llevado a Wilkins, se acercó a la pareja y les dijo guiñando un ojo:

—¡Ahora sí que os vais a poder abrazar tranquilos, muchachos! No os volveremos a molestar. Pues has de saber, Bobby, que esta carta es del verdadero asesino de Reagan. De modo que estás libre muchacho.

Y mientras Bebé y Bobby se abrazaban locos de alegría, Biff se acercó al arcón y dijo mientras le daba un golpe con el pie:

—Y tú también estás libre, Johny. Después de todo no has hecho más que quitar de en medio a un mal bicho.

F I N

**Acaba de aparecer, en las selectas
Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

la interesante novela

ROMANCE

por Greta Garbo y Lewis Stone

Muy en breve:

EL GRAN CHARCO

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18541. - BARCELONA